

## Atardecida.

En el patio de mi casa hay tres palmeras y en el centro, junto a la fuente,  
un cactus giganteo. Dos linos que tenía se me murieron no sé de  
qué. Las polanditas, <sup>que se van de los diarios.</sup> deléhean <sup>vernisamente</sup> en el aire las alas  
unas veces de todas las tardes. A veces seguro que verán versos de amor.  
Yo me hego la ilusión de que me los dicen a mí.

El cielo de mi patio embigga a adensarse, a hacerse ~~lejos~~ profundo y unas  
estrellas veluditas y dulce <sup>de se se talen un y talen un papel</sup> ~~en~~ puesto en la <sup>comuna</sup> ~~formación~~ como bondades  
~~que me los~~ ~~de los~~.

El patio se va llenando de misterios, de recatos, quizá de ser enmendado  
que ~~llega~~ la oscuridad.

Del campo vecino llega la voz <sup>de un</sup> ~~del~~ cuclillo pidiendo conversación  
a los gillos de mi pequeño jardín.

Yo me voy lejos, perdido de mi mismo, muy lejano y notando brevemente  
te, notando.

## ATARDECEDER

La tarde se está ahilando despacio, como con miedo. Es un hilo leve, apenas una raya de rojo estremecido sobre el campo, casi nada, como una línea de lluvia en el mar. Luego un punto. Y comienzan las despedidas. Algo que tiembla en el aire, quizá algo blanco marchandose, como esa mano blanca, larguísima que asoma en la última ventanilla del tren y que se prolonga un momento en un pañuelo de cera, casi tan pálido como la mano. Y todo esto despacio, muy despacio, estirando el tiempo hasta hacerlo crujir, durmiéndose en las pausas, con morosidad de lluvia que sabe su oficio, de lluvia grave de Nochebuena. Así son las atardecidas de mi Levante. La tarde, sí, se ha ido. - ¿Y ahora qué? - Pero no sucede nada. Y sigue un trozo de día demasiado largo, que se teme que no acabe nunca o que se rompa. El día sigue viviendo de renta, de la renta de la tarde. Todo es de oro, pero de un oro robado, con luz y dolor de sangre. (A veces el cielo se pone tan rojo que las gentes piensan que está ardiendo el pinar de los frailes). Las campanas de San Bernardo dejan colgados en cada puerta los gozos tristes del Ave Maria. Es la señal. El pueblo se recoge a la vera de la Iglesia cautelosamente, apretándose casa con casa, ciñendo corralones a cuadradas, como pollada que busca a la clueca y engorda sus alas. Se pierden los contornos de aguja, los cantos esquinados, las aristas hendidoras. El pueblo es una masa lábil, igual, diminuta.

En el patio de mi casa hay tres palmeras y en el centro, junto a la fuente, un laurel victorioso. Dos limoneros que tenía se me murieron, no se de qué, un verano demasiado espeso de tormentas. Las golondrinas deletrean nerviosamente en el aire las mismas cosas de todas las tardes. A buen seguro que serán versos de amor. Yo me hago la ilusión de que me los dicen a mí.

El cielo de mi patio empieza a densarse, a hacerse profundo, y unas estrellas menuditas y dulces - que conocen muy bien el papel - corren a ocupar su puesto en la formación, como bondadosos animalitos de circo.

El patio se va llenando de misterios, de secretos, quizás de esos enamorados que le nacen a la oscuridad. Del campo vecino llega la voz de un cuclillo pidiendo conversación a los grillos de mi pequeño jardín.

Yo me creo lejos, perdido de mi mismo, muy lejano . . . y soñando levemente, soñando.